

Nervio del Angular

Revista de Literatura

año 1. N° 01. Dic. 1997



orvallo / editores

UNMSM-CEDOC

1970

1970

1970

1970

1970

1970

1970

1970

1970

1970

1970

1970

1970

1970

a luis hernández

director

mariano ramírez

consejo editorial

rocío nieves flores

carlos rueda

milagros munive

editor

orvallo / editores

diseño

mariano ramirez

dibujos

amaranta / olafo

manuel galdos 152 la perla – callao / teléfono – fax-modem 420 4839 / 946 0565

UNMSM-CEDOC

poesía

carlos estela vilela

edgar saavedra

julio teodori

maia rojas

narrativa

jorge santiago

josé alejandro valencia-arenas

vadim malqui

memoria de horticultor

luis hernández camarero

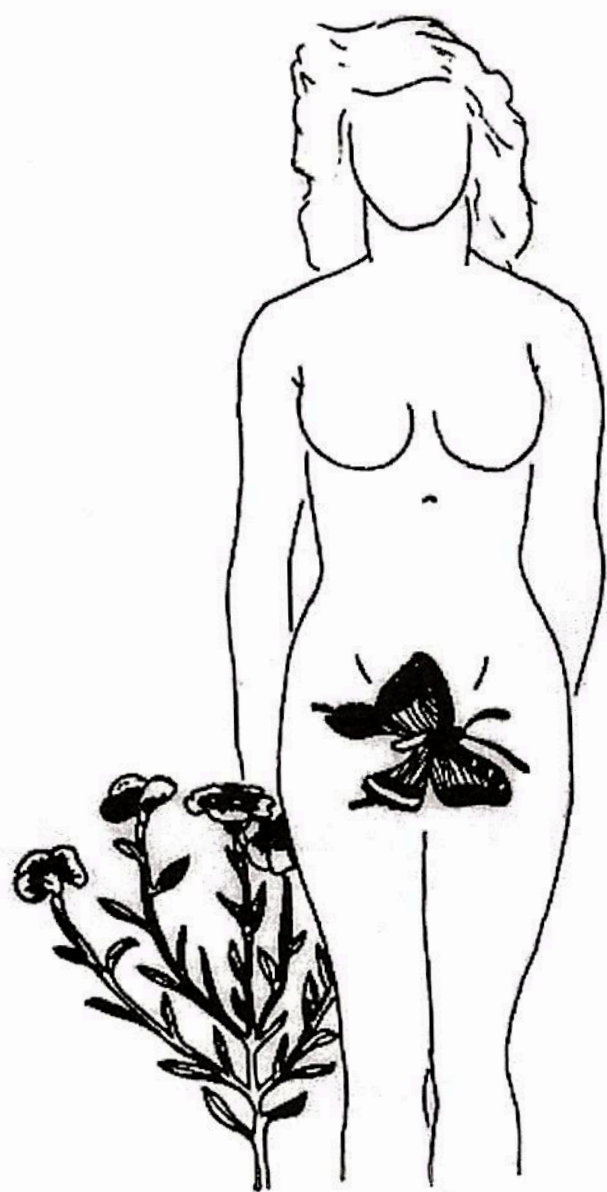
UNMSM

UNMSM
UNMSM
UNMSM
UNMSM

UNMSM

UNMSM
UNMSM
UNMSM

UNMSM
UNMSM



UNMSM-CEDOC

Ciencia luz pública de ninfa

blanca juega con los hombres
de plomo los hace
ser geniales y vírgenes de estío silencioso,
mariposas-libélulas;
ósmosis de la vida;
perplejidad de la muerte ante la muerte.

**acaso sufre el ocaso
con la eliminación de las ciudades**

me he comido los cadáveres que sobraban
y he lamido el suelo marcando mi territorio
aspiro sólo a ser el vacío
fuera de mi cuerpo=cadáver alineado.

**soy frío descendiente de
la libertad siniestra
que no espera jamás retorno
anidé en el desierto
legiones de nidos artificiales**

escucha lo que miro, escucha lo que mi mirada no puede dejar
de escuchar: la delicada noción de inocencia de las panteras, la
erupción gélida de cada estrella diaria, tu estirpe, tu bestialidad.
No me canso de olvidar impetuosa tu caída pero vuelve como
un sismo violentando mi cerco de luz, abusando de mí; no me
queda más nada que aceptar la vida para sobre ti y vomitarme.

poesía

blanca también extraviada
los límites del otoño
(¿habrá que cambiar esta palabra?)
blanca huye y regresa
pero no imagina siquiera el polvo del polvo
que somos nosotros
restos de ceniza: huella indeleble
del tiempo sobre la arena

Te has excitado tú, alabastro funesto,
bajo tus inconmensurables faldas
de inmensa gloria.

cocer bien conseguiste
de los labios leprosos
la magnitud macabra
del alevoso espasmo,
por siempre
eternos tus tesoros
para ser besados.

y aún los pastos celestes,
tu gula clama incendiar
todos los fuegos especiosos
y anónimos y justos del paraíso.

cacuménico siervo poderoso,
astas del adorado espanto:
hacia tus pechos elévanos,
alabado seas

carlos estela

Ruido frenético que aparece lentamente
adormeciendo la violencia íntima de la espera
se aleja y resucita maculando
huellas frondosas en el volcán
de palabras con sed
y galerías oscuras de la memoria
antes y después del apocalipsis
malos presagios en las lámparas
que alfombraban el aire
aroma de cráneos en la respiración
besando los vidrios de las tardes
la bondad se vuelve irrisoria
las frases bailan en la incongruencia absoluta
no desean comunicar
nada
a modo de retorno la rabia
consume la consagración de sinos diferentes
fulmina espacios de sombras asexuadas
verdades incandescentes como gotas de lluvia paralelas

piel de arena
ejecutada
fusible al contacto con la noche
entre las tinieblas te levantas
y rompes el maleficio
cabalgando la tempestad inerme
de incienso y marihuana
un maravilloso día en que todos han partido
bien y mal
ambas luces pasan volando
el roce agitado de sonidos mortales
irrumpe la entidad mutante del cielo
despoja las quimeras ocultas detrás del universo
aparece jinete pálido con una balanza en cada mano
otro de rojo interminable
y otro invisible con señales góticas de salvación
entre los dedos

mirar de cualquier lado y con cualquiera de los ojos
el destello fílmico de un paisaje impuro
el hastiado vicio de perderse
en la profundidad calcinante de las madrugadas
al borde de la luz o la penumbra
las putas brillan como antiguas esculturas
en ambientes de belleza súbita
la ciudad se viste de frío en cada célula
las vírgenes jadeaban en las cavernas
y trepaban la claridad intacta
de murales apoteósicos de bronce
entre suaves plumas
alimentando el colapso de la noche
no pude tocar tus tetas amenazantes
como pequeños leopardos gemelos
una isla puente despejada
una canción del pentateuco en la cabeza
adquiere forma indefinida de fábula
danzaban los cuervos en la cabeza de un loco
las casas ardían con la fiebre
de los números reales
cerca de los lápices
las vírgenes excitaban a nuestros hijos
con sus nalgas abundantes
fueron los días sin brillo de las putas
huyendo del miedo y la venganza
al origen de toda causa sísmica
de orgasmos ancestrales.

edgar saavedra vásquez

manos entumecidas por la soledad.
así es el invierno cuando cubre
de hojas y ensueños y sombra
los anhelos en tierra extraña.
la soledad huele como piel infectada,
se multiplica en los pechos.
quien permanece solo sabe,
la lucidez lo acompaña, silenciosa.
yo medito con el árbol,
o desde el árbol:
su confidencia es de corteza rugosa.
olvido en su alta copa
la tiniebla de lo que es triste.
Se prefiere andar y abandonarse
antes que penetrar en autobuses regulares,
regimentados,
cronométricamente fríos.
pues el alma soporta mejor
la natural compañía
que el tropiezo
con mecanismos, ruedas y ejes.
el hombre de ciudades
olvida su dimensión de carne
hipnotizado por objetos de acero.
la lucecita y el pájaro madrugador
ignoran las doctrinas, su sopor.
así quisiera yo
sabia y tranquilamente
ignorar.

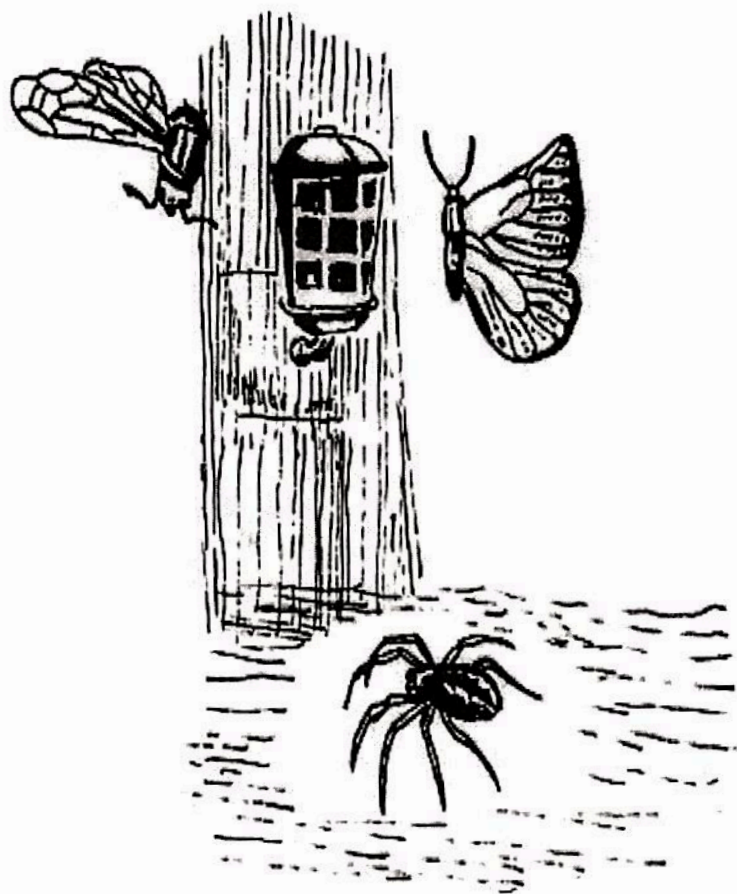
julio teodori

† te espero
despierta
desde hace muchas calles
es noche de buganvillas estrelladas
de obscuridad llana
y escapista
me encuentro cercada
presintiendo un vacío metálico
y mi hundimiento
te espero amordazada
sediciosa

y

maternal

sí lo deseo
al pasar
desmentir tu cuerpo desteñido
atado de carencias
destilando hastío
carnalidad
es en tu mirada
en donde quiero desconocer
lo caprichoso de la sequía
y revelar
el encarcelamiento de tus vísceras
te espero
más allá de las guillotinas
y mis pies se arrullan
a lo lejos
en la circularidad de tu ombligo
espero perturbada
naúfraga consciente
buscando el remedo de la tarde
entre tus manos
y a ti
ya sólo tengo miedo



UNMSM-CEDOC

UNMSM-CEDOC

el rey en su redil

I

"Yo sólo soy un soñador que sueña", se dijo una vez más recordando unos versos aprendidos en su infancia. Ahora, sin embargo, estaba viejo, gastado, sin esperanzas. Recordó su juventud, cuando iba y venía por los vastos jardines del palacio, arrancando flores que destruía de inmediato con sus manos. Entonces era un príncipe, como tantos otros, y no lo aceptaba. Sólo aceptaba soñar con el día de su coronación en un día inolvidable. Pero sabía muy bien que esto era imposible mientras su padre estuviera vivo. Y a su padre se le veía muy bien a pesar de su edad, con las mejillas sonrosadas, con el pulso seguro, y más déspota que nunca. Tenía que esperar a que su padre fuera debilitándose, marchitándose como una flor en el desierto. Entonces podría envenenarlo sin escándalo. Su muerte parecería natural, hasta necesaria para la buena marcha del reino. No es lo mismo, se decía, ser el hijo del rey que ser el propio rey. Y aunque tenía acceso a todo, y hasta las cosas prohibidas le estaban permitidas, se sentía disminuido, como una sombra. Pero entonces... pero entonces: ¿qué podía hacer? La espera se hacía larga. El viejo, al parecer, estaba tan fuerte como un toro, y el placer de las cosas mundanas lo ataba aún más a la tierra. Y por si esto fuera poco, su padre no creía en la otra vida y temía a la muerte. Esto era un obstáculo más para el joven príncipe, pues su padre se empeñaría en vivir lo más posible, imposibilitando, de ese modo, que él pudiera empuñar el cetro siendo joven, que era lo que más anhelaba, que era el único fin de su vida. Concibió entonces un plan. Tenía veinticinco años, y según ese plan, a los veintiséis años, edad del todo razonable para sus ambiciones personales, debía ser ungido rey. No era sencillo, desde luego, elaborar un complot con el fin de ultimar al monarca. Sabía también que al propugnar algo así, estaba acometiendo contra los intereses de muchos de los allegados de su padre, quienes, de enterarse, lo acusarían a él de parricidio o de intento de parricidio si lograban desbaratar a tiempo su proyecto. Tenía, pues, que andar con cuidado. Y así lo hizo. El paulatino envenenamiento que sometió a su padre, con la ayuda de un mago, dio excelentes resultados. Las hierbas venenosas, combinadas en mínima cantidad con las comidas favoritas del rey, lo fueron liquidando lenta e implacablemente sin provocar sospechas ni sobresaltos. Su muerte, luego de una penosa agonía, fue atribuida a la vejez, al cansancio. Tanto así

que el príncipe, en un encendido discurso, se encargó de ensalzar la memoria de su padre achacando su muerte al exceso de trabajo, a las infinitas preocupaciones suscitadas por el hecho de procurar el bienestar de sus súbditos. El funeral fue fastuoso, lo suficiente para mantener y avivar el asombro del pueblo, de hacerles olvidar su miseria y su hambre ante un hecho real y concreto: todos somos iguales ante la muerte. Nunca su rostro se mostró tan apesadumbrado, tan de acompañar a su padre en su viaje al otro mundo. Mas el deber llama, y su deber era continuar la obra de su padre. Frente al sepulcro del fenecido monarca, y teniendo al pueblo como testigo, juró ser un buen rey. Juró, asimismo, llevar con humildad la corona que recibía en nombre de Dios, y que él no sería indigno de ella. E hizo la señal de la cruz, y lágrimas que la plebe consideró de tristeza, aunque eran de alegría, se deslizaron por su rostro.

II

Lo veía todo desde su lecho de muerte. Treinta años de reinado habían terminado por postrarlo y reducirlo a un estado miserable. Sus dedos temblorosos cogieron un vaso con agua y fue sorbiendo el líquido lentamente, paladeando cada sorbo, temiendo que su próximo sueño sería tal vez el de su muerte inevitable. "Nunca más", se dijo. "Nunca más podré acariciar mis vajillas de porcelana, ni probaré el lechón ni los faisanes de Oriente, ni beberé el vino de mis bodegas reales, ni podré escuchar el tintinear de mis cubiertos de oro... Nunca más". Terminó de beber el agua y recordó el día de su boda, los inacabables preparativos, el faraónico banquete, la carroza con los caballos blancos en el cual recorrió las calles y las plazas con el exclusivo fin de ser ovacionado por el pueblo. Un año después nacería su primer vástago, que murió a los doce años tras caerse violentamente del caballo, en una faena de cacería. Su segundo hijo, cinco años menor que el primogénito, fue una víctima más de la temible peste negra. Su tercer hijo vino al mundo con mejores augurios: robusto y bien formado, estaba destinado a ser su sucesor. Tenía, como él, los ojos azules, las cejas pobladas. Y a medida que iba creciendo se le parecía cada vez más, con el mismo carácter autoritario, el mismo temple; si hasta creía verse repetido en sus mínimos detalles. Inclusive sufrió las mismas enfermedades que él padeció; y ahora, a los veinte años, se le veía tan seguro y dueño de sí mismo que nadie podía dudar que sería un gran rey, el mejor

de su estirpe. "Nunca más", se dijo nuevamente. "Sólo soy un soñador que sueña". Y miró el vaso a la luz de la lámpara, y percibió unos residuos blancuzcos que habían quedado en el fondo. Fue como un fognazo en la oscuridad, como el descubrimiento de una verdad atroz aunque lastimosa. No supo si reír o llorar. No supo si elogiar a su hijo o denigrarlo desde lo más hondo de su alma, pues lo que él había hecho con su padre, su hijo lo hacía ahora con él. Si ya se decía que le era demasiado semejante, demasiado parecido. Tanto hasta en la desmesura de sus ambiciones, que no dudaba en envenenarlo con el fin de ceñirse la corona cuando sólo tenía veinte años. Se regodeó unos momentos en ese descubrimiento malsano, sintiendo un gusto masoquista al ver una y otra vez esos residuos blancuzcos, los mismos que quedaban cuando se trataba de eliminar a algún oscuro personaje de la corte o a algún enemigo. Sintió cierta tranquilidad en su espíritu al comprobar que los efectos no eran dolorosos, que el deterioro se iba imponiendo con tanto sigilo que era casi una dicha morir así. Y apenas si se dio cuenta del zarpazo de la muerte, pues aún podía ver a través de sus ojos que no se habían cerrado. Y estando muerto pudo ver entrar a su hijo, con un vaso más en la mano, y lo vio acercársele con rostro sonriente, y vio, casi como entre sueños, cómo le cerraba los párpados con dedos victoriosos.

Entonces su alma voló por extraños parajes, por túneles oscuros, por reinos y países donde nunca había estado. De pronto se encontró flotando sobre el palacio real, y vio a su hijo dirigiendo unas palabras a la multitud, ponderando las virtudes del fenecido monarca, atribuyendo su muerte al agotamiento, al debilitamiento causado por las innumerables ocupaciones que le demandaba el satisfacer las necesidades del pueblo. Y antes de perderse para siempre entre las sombras, pudo ver cómo los ojos de su hijo se llenaban de lágrimas que parecían de tristeza.

Jorge Santiago

los caminos del viaje

A diferencia de Paris, Menelao nunca imaginó que Helena , antes de ir al hostel de tres estrellas donde se alojaba, acariciase con crema humectante el blanco país de tantas aventuras, calase un vestido contrastante con su gargantilla de perlas casi originales, previo a que él la recoja y entre de su brazo a otra recepción de embajada - como está, buenas noches, *mi chica es la más guapa súbense ésa golfos*, tanto gusto - ella pasaba las horas diurnas confeccionando, tiritando, vendiendo en una concurrida esquina (respetuosa de la plantilla, se había catalogado en el municipio; le dieron un portar en lugar visible, vendedor callejero 732-Q-L84 género varios) pulseras, aretes de plata, llévase dos y le hago un descuento. Caminas Paris en tu segunda visita a la ciudad de La Paz, buscando salteñas, riquísimas compro pruebo compro le llevo a ... piensas en Marlene, tu novia boliviana, doblas en la esquina, avenida El Prado modernidad recién embarcada edificios ventanales oficinas computadoras enlazadas a Internet seguro parabólicas una librería pequeña aceras curiosamente limpias abrigo gris casimir paraguías negro mango de plata me preguntas la hora- se detiene -te miro al rostro Paris- pero no me ve para marco de oro correa suiza de cuero ello requeriría el conocerme.

- Son las doce menos veintidós.

- Gracias, buen día.

- De nada, igualmente.

Veinte metros más allá, tu mirada da un traspié, su actitud inquietante, deseas verla ¿Cuánto este collar? Su ido escutar. Diez pesos. Evocador acento, compatriota turista ¿Si la compro me dejas que te lo regale? Hablaron de viajes, libros, ideas. Perfume de sueños. Helena ¿Si? ¿Quién es Helena? Lo ignoro aún. Ven, te invito un café. Mesa para dos junto a la ventana. No, no soy turista. ¿Entonces? Viajera ¿Como la de Bertolucci? Sí. Sonrieron mientras llevaban las tazas de chocolate a sus labios porque no tomaban café. Se llenó el local a la hora en que la gente, con la misma prisa con la que entró, sale de las oficinas, pasó ese instante, les dio hambre, Helena le invitó una hamburguesa, Paris a ella un churrasco con papas y la viejita de la mesa contigua *milkshakes* y sonrisa. -Gracias.

- Paris, tu pelo.

- ¿Qué tiene ?

- *Es tan suave al pensamiento.* Nada.

“¿Puede separarse el yo en interior y exterior? Las diarias experiencias

¿Pasan o no a formar el íntimo conciente? Si cada suceso percibido del mundo es parte del ser, podríamos comprender mejor nuestra esencia viviendo más estos hechos". -Declaraba en la revista "Café", aquél escrito que con mi firma, porque mi puesto me obligaba a publicar en un año dos artículos y en cinco un libro, le mostré a Helena.

- Menelao -me dijo ella entre subyugada y escéptica- esto es lo más semejante a la verdad que hasta hoy he visto. Sólo consume autos convertibles, whisky etiqueta azul y las chicas más lindas.

Es lo que le dije a Paris cuando le conté acerca de Menelao en ese café-restaurant de la avenida El Prado, Tokio creo se llamaba, y él, me parece recordar que lo definió como: "... capaz de alegrar cualquier velada y bucear a la vez en muy chic sopor".

- ¿ Y entonces por qué sales con él ?

- Me divierte.

- ¿ En serio te divierte ?

- No digo que sea feliz, sólo que me divierte ¿ Tú por qué estás ... cómo dijiste que se llamaba ?

- ¿ Mi novia ? - Sí

- Marlene.

- ¿ Por qué estás con Marlene ?

- Me gusta. Nos llevamos bien.

- ¿ La amas ?

- Sí, claro, la quiero, la amo supongo - y luego de pensarlo un momento Paris añadió -¿ Acaso tú tienes una idea clara del amor ?

- Cuando deja de ser una palabra manoseada para asumir toda su carga semántica debiera ser una actitud tan incondicionalmente positiva como imperecedera.

- Merde ¿ Otra taza de chocolate ?

Menelao Tinkunakuspa Williams (Menelao T. Williams) diplomático del Caín país, evitó al encontrarlos en el bar del hotel, la profesionalmente perjudicial gresca, primero observándolos desde la abúlica cimera de un post-grado en la *Boston University*, estaba además casi mejor acompañado que Paris, luego invitándoles un trago.

- Parisito eres como un hermano para mí Parisito. - Me dijo el señor T. mientras con señas y elegantes gruñidos pedía la cuenta y su noveno whisky del día, que completaría impecable e implacablemente, resultó un hombre metódico, su sexagésimotercer scotch semanal. Nunca cerraba y era uno de esos lugares donde pides una copa y lees tu periódico horas y horas sin que el mozo venga a limpiarte la mesa, preguntar si deseas otra cosa, ni te miran impacientes clientes parados.

El bar del hotel Magnus. Venciendo múltiples prejuicios, e inmensamente sorprendido por ello, Paris se despertó a las seis de la mañana desayunó con Helena la acompañó a vender en la calle almorzaron juntos. Entre cóctel de camarones y lomo strogonoff, algo pálido ante la perspectiva de una tarde con más ventas, sintió la aplastante certeza estadística: siete posibilidades en un millón trescientas mil. Conocía a siete queridas, terribles personas en esa ciudad. - ¿Qué tal si esta tarde no sales y vendes sólo para mí? - Si no lo habían visto en toda la mañana, después de medio día las probabilidades se duplicarían. Catorce posibilidades en.

- No y sí.

- ¿Cómo es eso?

- No te acepto que pagues mis ventas de la tarde ¿Qué te has creído? Y sí, acepto pasar el resto del día contigo. Helena pidió un beneditino y Paris un jugo de piña. Un doble en las rocas previo, amigos en ese momento con antelación a la infancia, explicaba Menelao al auditorio (Helena, Paris y Marilyn su comparsa) que este país, nadie se da cuenta pero está mejorando como no tienen idea, salud ... ¿Y gracias a qué? A la inversión extranjera. Si señor, hemos traído empresas que explotan el petróleo, el estaño, los árboles de la amazonía, las vicuñas y alpacas, quedan pocas pero en fin. Así damos trabajo a tanto nativo ocioso ¿Sabían que a veces hay que forzarlos a trabajar a punta de rifle? Eso sí, lo que atrae a los empresarios es la mano de obra barata. Por eso para que este país continúe progresando el gobierno continuará con nuestra política de salarios mínimos, salud ...

- Me encanta, pero en mi casa a nadie le hacía gracia que deseara estudiar filosofía - refería Paris a Helena - y mi papá, medita bien lo que haces porque a los veinticinco años comes de tu bolsillo.

- ¿Cuando acabes de estudiar economía trabajarás en su empresa?

- Lo dudo, la industria no, lo mío son las finanzas. Y tú, ¿has pensado terminar psicología?

- Justo el otro día quería conversar eso con Menelao, pero él o habla o actúa, pero no conversa.

- A propósito de Menelao ...

- No te preocupes, en el restaurante en que almorzamos cuando iba al baño lo llamé por teléfono y le conté que estaba con unos cólicos terribles.

- ¿Qué te dijo?

- Estuvo muy cariñoso y anunció que pasaría mañana en la mañana a verme porque hoy tenía mucho trabajo. Se pusieron de pie, casi vas

con ellos Paris, pero no aceptaste la propuesta de Marilyn: probemos algo nuevo, una mujer con dos hombres cada vez, que dicen tórtolos ¡Anímense ! -Sí, sí - rió Helena - vamos Paris, ven.

final 1

Otro de los muchos agasajos que da el Embajador francés en la ciudad del Anacostia y el Potomac, has venido con tu esposa, no es Marlene claro, lo reconociste, apartas la vista de sus tres décadas luego todavía, en apariencia de esas que ya no engañan a nadie, agripada nariz. "Paris, aunque las cumbres vitales ludan carroña, no temas arañar tus propios límites" - te dijo ebria de metáforas cuando al dejarla esa noche en el bar del hotel, con Menelao y Marilyn, la viste por última vez. Haces un gran esfuerzo, sus ojos de presa atisban a las pequeñas desconocidas correteando por el salón con vestiditos blancos rosas celestes tan tan pero tan cortos, por no llorar.

- Enterarme Parisito hermano aconteció, ejem, de forma casual, salud ... Helena, mi chingola más linda morir mira tú, vieja sola, pederasta y de sida.

final 2

Amanece. Hoy domingo Helena cumple sesenta años. Muy despacio bajó de la cama, besó la incipiente barba de su esposo dormido y vino a sentir el agua helada, la arena hundirse, la espuma. Dentro de poco su hijo de nueve años, su hija adolescente y la mayor con su esposo y el nieto al que en secreto han enseñado a decir "feliz cumpleaños" saldrán de sus habitaciones, atravesarán el pasadizo ... "Decisión: instante fugaz de consecuencias perdurables. Una corriente eléctrica, un curso neuronal más o menos azaroso ¿Qué imágenes conceptuales edificáronse entonces? [Rezarán un día las memorias de Helena. Se despidió de Marilyn] (...) quebré mis ataduras con Menelao, era el desligarme de un buscar la vida en lo otro, cosas y personas cosificadas, no en mí y el otro, universo de los mundos interiores donde reside la frontera entre el ser y el objeto (...) Paris y yo dejamos el hotel, riendo juntos corrimos por la vacías calles de La Paz en madrugada". No, no, no, nunca una de sus chingolas lo había, nunca pensó que pudiese, y tan diplomáticamente, largarlo largándose. Menelao regenta en la actualidad un próspero bar en algún pueblito de los andes ¿Marlene y Marilyn ?. No lo se.

El viento trae gotitas saladas que garúan su rostro y ruge poderoso el océano en estéreo a sus pies. "La influencia del medio externo se

determina en el interior de cada persona", es el subtítulo de su último libro. Porque sí. Helena animada por Paris culminó sus estudios de psicología, luego estudió filosofía y teología en las que se doctoró. Buscando una realización trascendente en el sentido kantiano a través de sí y las otras personas, llegó a cierta aristotélica causa primera en lo que para sus apologetas es un misticismo fin de siglo y sus más tolerantes detractores vemos como un desprejuiciado fanatismo religioso. Piensa en su esposo, sus hijos, su nieto, lo bueno que es que su yerno desease vivir con ellos. Como ven se adhiere al viejo cliché del amor en la familia nuclear, como, más aún si no tiene descendencia, sólo egoísmo a dúo. En los siete segundos siguientes reflexionó sobre el pasado, el presente, el devenir de la humanidad y ella como un todo. Dijo en voz alta, no sin un peso solemne que con alguien más en la playa hubiese rayado, quizás, en la cursilería: - Misteriosos son los caminos, del viaje a la modernidad.

Dirigió al agua una mirada de hasta luego, sonrío al recordar que Paris con su esposa y los chicos vendrán hoy a almorzar y mientras emprende los doscientos metros del regreso a la cama para recibir sorprendida su happy new year, al vástago más pequeño hago que le acaricie amorosa a través de su vientre embarazado.

Decido que pase por mi costado, me finjo abstraído y sigo pescando. Estoy emocionado porque también a mí me invitó a almorzar y pienso luego que me presenten a Paris, contarle de aquella ocasión a las doce menos veintidós hace casi treintaicinco años, cuando me preguntó la hora en una calle de La Paz.

contra final

Y luego me pareció que ni tan bueno ni tan malo ¿Ves?. Esos caminos, que se abren en un momento, que algunos lectores quisieran dramáticos en la vida de ciertos personajes, no tienen nada de dramáticos. Que les parece entonces si decimos que Helena (que quizás no se llamaba Helena porque la metáfora griega ésta la verdad ya me está cansando) luego de Menelao (dejémosle su nombre para no enredarnos más) tuvo otros amantes hasta que a punto de cumplir 30 años o un poco después se casó tuvo dos hijos, se divorció a los 9 años (o pudieron ser 10 o que sé yo, estoy cansado en este momento) convivió con alguien y luego, pues luego no sé. Menelao y Marilyn, bueno ¿A quién le importa?

josé alejandro valencia-arenas

sin título

Otro trago. Hace calor. Imagino que no estoy aquí, que paso por la calle que ilumina este edificio, que su sonrisa es solo un recuerdo melancólico que trae la brisa y vuelvo entonces sobre otro rostro, ahora con algo en los ojos, como si ellos hablaran y su boca observara. Se acerca después de un baile; se hallaba en una transparente esfera, la música de Velvet, su cuerpo serpenteando. Miro por la ventana, luces como cometas y hormigas que se aturden. Vuelvo lo ojos porque alguien me llama; todo ha pasado, vivo un recuerdo. Pero siempre algo es impreciso en un recuerdo, la memoria es reescrita en los deseos inacabados, inalterables. Seguramente me miento un poco, tal vez su sonrisa nunca existió para mí, tal vez no se hallaba en una esfera bailando como ave que ha perdido el mar, tal vez su cuerpo no haya ardidado tanto en mi aliento entrecortado, en mi pecho incontrolable ahora por sus pasos musicales dirigiéndose hacia mí; pero quizás solo a la ventana, pues tiene el rostro húmedo y cansado. Qué hago?!, me vuelvo sobre el silencio de la calle; ya no me perturba la verdad. Muchas cosas pasan en la vida: una noche insegura, una noche desdoblado nuestro tiempo como si estuviera en otra parte, en la calle, y oír mis pasos que resuenan en esta calle mientras ella existe. Por eso ya no me importa, porque ahora mismo mientras camino alguien observa mi soledad y la comprende. Pero mejor será no preocuparme tanto de lo que está pasando en ese tiempo, tampoco en este. Es mejor humedecer la garganta y liberar nuestra cabeza de recuerdos. Nuevamente vuelvo los ojos, ella todavía no me alcanza, sus pasos musicales aún no se oyen en este tiempo; está más cerca, se acaricia el rostro dibujándolo entre sus cabellos de mar, su delicada blusa trasluce sus senos de palidez congelada; me vuelvo sobre la ventana en el preciso momento en que ella tomará posesión de mi espacio. Pero algo pasa, se demora demasiado, se fue!...

- Por qué me has llamado? qué quieres de mí?

- Qué?... Yo no te he llamado

- No mientas; soy tu ilusión y solo existo para ti; no lo pienses

Mis pasos en esta calle

resuenan

Por qué no puedo sonreírle y llevármela a algún rincón. Me basta mirar un momento alrededor de su cabellera y saber que no nos pertenece este mundo. Sin embargo desde antes hemos profanado nuestros

recuerdos, descubriéndolos de su acrisolada costra. Y siempre que queríamos hacernos el amor, volvíamos a las imágenes alucinadas de esos tiempos que sin embargo son estos, como jirones de una infinita tela adolorida. Entonces sólo me reía, ahora me río y lloro un poquito; me río de las traiciones y de la estúpida honradez de no reconocer mi boca, mi paso entrecortado en su silencio. Es la respiración de mis pasos desvanecidos en otra calle, el no ser nunca uno mismo para tenerte cerca, para no dejarte caer de mi brazo, para que no te ahogues de tanta memoria. Oh Anni, suelo empezar acordándome con desprecio de tu sonrisa, de tus raros pasos para desnudarte, para luego desvanecerme entre tus brazos como arena constelada, sin reproches, como un niño asustado en una noche tormentosa. Ahora ni siquiera puedo contemplarte.

en otra calle

Donde

Velvet Underground, Heroin, muévete como lo hacías sola, me estabas observando, acaso no te diste cuenta, sí, cómo te llaman, Claudete, a ti?, José, tienes algún vicio? sí, soy drogadicta, ah, yo soy promiscuo; entonces ahora quieres cacharme, sí, eres un huevón, qué te hace pensar que yo te deseo, no lo he pensado.

oigo mis pasos

pasar en esta calle

Tomé la decisión y salí. Me pidió que la acompañara al paradero, pero tendría que dejar a Flannagan y al doctor Hiperbólico, también a Anni y a Lucrecia. Vuelvo en seguida. Estuve casi borracho, me exitaron las piernas de Lucrecia, me la llevé al pogo, sonaba la música de Velvet; alguien nos aplastó y nos dejó frente a frente, ya le había acariciado las nalgas y estaba enhiesto: la bese, se negó por un momento, quieres?, sí, engulló mi boca por varios segundos, me arrancó un largo gemido y se largó. Sufrí ese estado de estupidez al que te lleva el olor de una mujer arrecha, no podía decirle nada, tenía la conciencia partida. De todas maneras quería joder esa noche, apareció Claudete, le pregunté su nombre, me acompañas al paradero?, vamos.

donde

solo es real la niebla.

vadim malqui



UNMSM-CEDOC

una impecable soledad

a Juan Ojeda
a quien no conocí

Book the first

Shelley Alvarez se sentó al piano para iniciar la ofrenda lírica de Bach. Al lado del pedal de resonancia brillaba al sol de otoño una botella de whisky Johnnie Walker.

Y en el interior, confundida entre las líneas del arpa, Shelley Alvarez escondía un fragmento de haschisch, tan sólo por eufonía.

En el horizonte algo simulaba una luz: era el reflejo de un letrero de hojalata.

Shelley digitó la ofrenda sin reparar en el Tiempo.

Luego cerró el piano y escuchó la Música de las Esferas.

Fue entonces que decidió tomar un baño de tina.

Mientras lo hacía en medio de avisos, voces, crujidos, surgió de la radio la última canción de Richard Strauss. y el Universo alcanzó para Shelley el mc^2 . Shelley Alvarez no creyó estar soñando: su perfecta formación dentro del empirismo inglés jamás se lo hubiera permitido.

La canción concluyó, y Shelley recordó con melancolía, que él nunca conociera

la Melancolía, ni el temor, ni, quizás, la dicha.

Mientras se secaba leyó el poema

que alguna vez dejó en un papel:

memoria de horticultor

Mi primer Amor fue La Música
mi segundo Amor fue El Amor
a la Música. Mi tercer
Amor fue triste y feliz.

Y se entretuvo arrojando dardos, para alejar su corazón de su corazón, porque el recuerdo del Amor es más fuerte que el Amor.

Pero existían los dardos, y el whisky. Y algo más: Shelley tenía en sí una cierta soledad que acompaña, una soledad que no mata: una impecable soledad.

Poseía dos pianos: un Pleyel y un Erhard, con los cuales viajaba en algún trasatlántico: de preferencia el France. Y mostraba con indiferencia el vacío de su vida; porque no era vacío, sino plenitud. Nunca intentó responder la pregunta, y su vanidad legendaria partía de saberse misterioso. Cuando en las tardes de verano la arena a merced del viento se extiende a impulsos de las manos de Dios que habita en los frascos de cerveza, y todo está en Fa mayor, Shelley incluso hablaba.

Y solamente por una vez nombró lo que no pudo ser. Y así como dos pianofortes, poseía dos automóviles: un Volvo de dos puertas y otra máquina cuyo nombre no recordaba desde que escuchó Islamey y contempló el mundo con cierta aprehensión.

homenaje a puschkin

Primero fue la Música de las Esferas. Y luego, o anterior, la de aquellos de la estirpe de los Asra, los que mueren cuando aman. Y tengo la triste sospecha que aún las esferas mueren cuando aman. Para renacer al escuchar, tendidos bajo el cielo, algo del corazón del hombre que no debe ser olvidado.

El Capitan Dexter

Digamos que eres un muchacho, que una noche azul de neblina sales de la ciudad. Para encontrar diariamente lo incontrable. Digamos que los vidrios burilados de los bares te llaman a la quietud. Y vas solo, infinitamente solo. Pero llevas contigo una flor que es extraña. La de lo que jamás fue tuyo: muchas veces el Amor es lejano. El Capitan Dexter observó la red-spot del planeta Júpiter. Y luego el astro inmenso. Y sus lunas: los astro de Medicis. No sé cómo es el verso de Milton, pensó Dexter. Y recitó mentalmente, mientras corregía el rumbo mediante la ecuación de Lorenz.

Noche. Noche de esta

Tierra

Di:

Quién eres tú

Eres el atardecer

De las praderas

O el país de gales

Que he soñado

Cuando joven

Y soñaba

El resultado fue $\sqrt{0.001}$ aproximadamente, pero Dexter con la experiencia de la juventud transformó lo aproximado en exacto. En el fondo Dexter era un astronauta ample et simple direct dans l'expression de l'idée.

Había sido entrenado en la Escuela de Astronautas Exteriores, donde fueron sus maestros un indio navajo y un ex-profesor de armonía tonal, quien abandonó la música por las matemáticas puras ce n'est past fortuitament que el capítulo concluya aquí.

luis hernández

Handwritten text at the top of the page, possibly a title or header.

Main body of handwritten text, consisting of several lines of cursive script.

Second main body of handwritten text, continuing the cursive script.

Handwritten text at the bottom of the page, possibly a signature or date.

UNMSM-CEDOC

UNMSM-CEDOC